

## Cuestionario

1. Según el texto, ¿cómo llega el narrador a enterarse de la historia de Fred Murdock?
2. ¿Qué tipo de persona es Murdock?
3. ¿Qué le propone el profesor a Murdock?
4. ¿Cómo vive Murdock durante los dos años de su estancia en la pradera?
5. ¿Qué le ordena el sacerdote a Murdock?
6. ¿Por qué razón se niega Murdock a revelar el secreto?
7. ¿Qué es ahora Fred Murdock?

## Identificaciones

1. la toldería
2. el aprendizaje
3. «El secreto, por lo demás, no vale lo que valen los caminos que me condujeron a él.»

## Temas

1. El papel del narrador en «El etnógrafo»
2. La presentación de los sucesos de la vida de Fred Murdock
3. La ironía del cuento
4. Hacia una interpretación del secreto de Murdock



### JULIO CORTÁZAR

#### Vida y obra

El escritor argentino Julio Cortázar (1914-1984) nació en Bruselas, Bélgica (Belgium), donde su padre desempeñaba varios cargos diplomáticos. A raíz de (Soon after) la Primera guerra mundial (1914-1918), la familia volvió a la Argentina, donde Cortázar obtuvo el título de maestro de escuela secundaria. Por algunos años se dedicó a la enseñanza. Siendo profesor en la Universidad de Cuyo, en Mendoza, renunció a este cargo para mostrar su oposición al régimen neofascista de Juan Domingo Perón (1895-1974). Antes de marcharse a París en 1951, fue traductor de francés e inglés en varias editoriales (publishing houses) argentinas. En Francia fue traductor independiente de la UNESCO (United Nations Educational, Scientific, and Cultural Organization), reservando ocho meses al año para sus actividades literarias. Participó activamente en los asuntos políticos de Latinoamérica, y siempre apoyó las causas sociales. En cierta ocasión donó a un frente popular chileno el dinero obtenido en uno de sus premios. Entre sus cuentos más celebrados se hallan «Final del juego» (1956), «Las armas secretas» (1959), «Historias de cronopios y famas» (1962), «Todos los fuegos el fuego» (1966) y «Deshoras» (1983). Sus novelas incluyen *Rayuela* (1963) y *62—modelo para armar* (1968). Entre sus ensayos cabe mencionar *Instrucciones para subir una escalera* (1962), *La vuelta al día en ochenta mundos* (1967) y *Nicaragua tan violentamente dulce* (1983).

## El autor y su contexto

Cortázar se destaca por su rol de innovador de la narrativa argentina e hispanoamericana. Su obra —influenciada por la literatura de lo absurdo, sobre todo por la surrealista, la cual se enfoca en los aspectos subconscientes e irracionales de la existencia humana— está compuesta en una forma aparentemente disparatada (*nonsensical*). El autor viola constantemente las convenciones literarias: rompe con el concepto cronológico del tiempo, mezcla lo real con lo ficticio, junta lo cómico con lo trágico, emplea simultáneamente varios planos de la realidad y usa a menudo los sueños. No vacila (*hesitate*) en inventar palabras ni en intercalar (*to insert*) palabras o frases en francés o inglés. También emplea frecuentemente el monólogo interior, a través del cual revela más íntimamente la excentricidad de sus personajes narradores. Sin embargo, debajo de la forma irracional, *lúdica*, de sus escritos —o sea, debajo del juego medio loco del autor con el lector— se descubre que la incoherencia es más aparente que real. Se concluye al final que este escritor, que se sintió tan argentino pero que prefirió vivir lejos de su país; que apoyó el comunismo, predicando a la vez la libertad individual; que trató humorísticamente los aspectos más serios de la vida, fue en el fondo un ser muy perplejo, atormentado por la angustia existencial. Según uno de sus intérpretes, Cortázar ha creado con su obra enigmática, juguetona (*playful*), que ofrece varias posibilidades de lectura, una especie de corralito para niños (*playpen*). Dentro de éste, autor y lector pueden moverse y explorar el mundo, sin ninguna restricción.

## La noche boca arriba

Y salían en ciertas épocas a cazar enemigos; le llamaban la guerra florida.<sup>1</sup>

A mitad del largo zaguán<sup>2</sup> del hotel pensó que debía ser tarde, y se apuró<sup>3</sup> a salir a la calle y sacar la motocicleta del rincón donde el portero de al lado le permitía guardarla. En la joyería de la esquina vio que eran las nueve menos diez; llegaría con tiempo sobrado<sup>4</sup> adonde iba. El sol se filtraba entre los altos edificios del centro, y él —porque para sí mismo, para ir pensando, no tenía nombre— montó en la máquina saboreando el paseo. La moto ronroneaba entre sus piernas, y un viento fresco le chicoteaba<sup>5</sup> los pantalones.

Dejó pasar los ministerios (el rosa, el blanco) y la serie de comercios con brillantes vitrinas<sup>6</sup> de la calle Central. Ahora entraba en la parte más agradable del trayecto, el verdadero paseo: una calle larga, bordeada de árboles, con poco tráfico y amplias villas que dejaban venir los jardines hasta las aceras, apenas demarcadas por setos<sup>7</sup> bajos. Quizá algo distraído, pero corriendo sobre la derecha como correspondía, se dejó llevar por la tersura,<sup>8</sup> por la leve crispación<sup>9</sup> de ese día apenas empezado. Tal vez su involuntario relajamiento le impidió prevenir el accidente. Cuando vio que la mujer parada en la esquina se lanzaba a la calzada a pesar de las luces verdes, ya era tarde para las soluciones fáciles. Frenó con el pie y la mano, desviándose a la izquierda; oyó el grito de la mujer, y junto con el choque perdió la visión. Fue como dormirse de golpe.

<sup>1</sup>guerra... guerra ritual en la que los aztecas buscaban víctimas para sus sacrificios <sup>2</sup>vestíbulo, pasillo

<sup>3</sup>dio prisa <sup>4</sup>tiempo... más tiempo de lo que se necesita <sup>5</sup>whipped <sup>6</sup>display windows <sup>7</sup>hedges <sup>8</sup>brillo <sup>9</sup>edginess

Volvió bruscamente del desmayo. Cuatro o cinco hombres jóvenes lo estaban sacando de debajo de la moto. Sentía gusto a sal y sangre, le dolía una rodilla, y cuando lo alzaron gritó, porque no podía soportar la presión en el brazo derecho. Voces que no parecían pertenecer a las caras suspendidas sobre él, lo alentaban<sup>10</sup> con bromas y seguridades. Su único alivio fue oír la confirmación de que había estado en su derecho al cruzar la esquina. Preguntó por la mujer, tratando de dominar la náusea que le ganaba la garganta. Mientras lo llevaban boca arriba hasta una farmacia próxima, supo que la causante del accidente no tenía más que rasguños<sup>11</sup> en las piernas. «Usted la agarró apenas, pero el golpe le hizo saltar la máquina de costado...» Opiniones, recuerdos, despacio, éntrenlo de espaldas, así va bien, y al-  
guien con guardapolvo<sup>12</sup> dándole a beber un trago que lo alivió, en la penumbra de una pequeña farmacia de barrio.

La ambulancia policial llegó a los cinco minutos, y lo subieron a una camilla blanda donde pudo tenderse a gusto. Con toda lucidez, pero sabiendo que estaba bajo los efectos de un shock terrible, dio sus señas al policía que lo acompañaba. El brazo casi no le dolía; de una cortadura en la ceja goteaba sangre por toda la cara. Una o dos veces se lamió los labios para beberla. Se sentía bien, era un accidente, mala suerte; unas semanas quieto y nada más. El vigilante le dijo que la motocicleta no parecía muy estropeada. «Natural», dijo él. «Como que me la ligué encima...» Los dos se rieron, y el vigilante le dio la mano al llegar al hospital y le deseó buena suerte. Ya la náusea volvía poco a poco; mientras lo llevaban en una camilla de ruedas hasta un pabellón del fondo, pasando bajo árboles llenos de pájaros, cerró los ojos y deseó estar dormido o cloroformado. Pero lo tuvieron largo rato en una pieza con olor a hospital, llenando una ficha, quitándole la ropa y vistiéndolo con una camisa grisácea y dura. Le movían cuidadosamente el brazo, sin que le doliera. Las enfermeras bromeaban todo el tiempo, y si no hubiera sido por las contrac-  
ciones del estómago se habría sentido muy bien, casi contento.

Lo llevaron a la sala de radio,<sup>13</sup> y veinte minutos después, con la placa todavía húmeda puesta sobre el pecho como una lápida<sup>14</sup> negra, pasó a la sala de operaciones. Alguien de blanco, alto y delgado, se le acercó y se puso a mirar la radiografía. Manos de mujer le acomodaban la cabeza, sintió que lo pasaban de una camilla a otra. El hombre de blanco se le acercó otra vez, sonriendo, con algo que le brillaba en la mano derecha. Le palmeó la mejilla e hizo una señal a alguien parado atrás.

Como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y él nunca soñaba olores. Primero un olor a pantano, ya que a la izquierda de la calzada empezaban las marismas,<sup>15</sup> los tembladerales<sup>16</sup> de donde no volvía nadie. Pero el olor cesó, y en cambio vino una fragancia compuesta y oscura como la noche en que se movía huyendo de los aztecas. Y todo era tan natural, tenía que huir de los aztecas que andaban a caza de hombre, y su única probabilidad era la de esconderse en lo más denso de la selva, cuidando de no apartarse de la estrecha calzada que sólo ellos, los motecas,<sup>17</sup> conocían.

<sup>10</sup>animaban <sup>11</sup>scratches <sup>12</sup>dustcoat <sup>13</sup>radiografía <sup>14</sup>tombstone <sup>15</sup>marshes <sup>16</sup>quagmires <sup>17</sup>neologismo derivado de la combinación de **motocicleta** con la terminación **-eca**, propia de palabras indígenas de México, tal como **azteca** y **tolteca**

Lo que más le torturaba era el olor, como si aun en la absoluta aceptación del sueño algo se rebelara contra eso que no era habitual, que hasta entonces no había participado del juego. «Huele a guerra», pensó, tocando instintivamente el puñal de piedra atravesado en su ceñidor<sup>18</sup> de lana tejida. Un sonido inesperado lo hizo agacharse<sup>19</sup> y quedar inmóvil, temblando. Tener miedo no era extraño, en sus sueños abundaba el miedo. Esperó, tapado por las ramas de un arbusto y la noche sin estrellas. Muy lejos, probablemente del otro lado del gran lago, debían estar ardiendo fuegos de vivac<sup>20</sup>; un resplandor rojizo teñía esa parte del cielo. El sonido no se repitió. Había sido como una rama quebrada. Tal vez un animal que escapaba como él del olor de la guerra. Se enderezó despacio, venteando. No se oía nada, pero el miedo seguía allí como el olor, ese incienso dulzón de la guerra florida. Había que seguir, llegar al corazón de la selva evitando las ciénagas.<sup>21</sup> A tientas,<sup>22</sup> agachándose a cada instante para tocar el suelo más duro de la calzada, dio algunos pasos. Hubiera querido echar a correr, pero los tembladerales palpitaban a su lado. Siguiendo el sendero en tinieblas, reanudó lentamente la fuga. Entonces sintió una bocanada horrible del olor que más temía, y saltó desesperado hacia adelante.

—Se va a caer de la cama —dijo el enfermo de al lado—. No brinque tanto, amigazo.

Abrió los ojos y era de tarde, con el sol ya bajo en los ventanales de la larga sala. Mientras trataba de sonreír a su vecino, se despegó casi físicamente de la última visión de la pesadilla.<sup>23</sup> El brazo, enyesado,<sup>24</sup> colgaba de un aparato con pesas<sup>25</sup> y poleas.<sup>26</sup> Sintió sed, como si hubiera estado corriendo kilómetros, pero no querían darle mucha agua, apenas para mojarse los labios y hacer un buche.<sup>27</sup> La fiebre lo iba ganando despacio y hubiera podido dormirse otra vez, pero saboreaba el placer de quedarse despierto, entornados los ojos, escuchando el diálogo de los otros enfermos, respondiendo de cuando en cuando a alguna pregunta. Vio llegar un carrito blanco que pusieron al lado de su cama, una enfermera rubia le frotó con alcohol la cara anterior del muslo y le clavó una gruesa aguja conectada con un tubo que subía hasta un frasco lleno de líquido opalino. Un médico joven vino con un aparato de metal y cuero que le ajustó al brazo sano para verificar alguna cosa. Caía la noche, y la fiebre lo iba arrastrando blandamente a un estado donde las cosas tenían un relieve como de gemelos de teatro,<sup>28</sup> eran reales y dulces y a la vez ligeramente repugnantes; como estar viendo una película aburrida y pensar que sin embargo en la calle es peor; y quedarse.

Vino una taza de maravilloso caldo de oro oliendo a puerro, a apio, a perejil. Un trocito de pan, más precioso que todo un banquete, se fue desmigajando poco a poco. El brazo no le dolía nada, y solamente en la ceja, donde lo habían suturado, chirriaba<sup>29</sup> a veces una punzada<sup>30</sup> caliente y rápida. Cuando los ventanales de enfrente viraron<sup>31</sup> a manchas de un azul oscuro, pensó que no le iba a ser difícil dormirse. Un poco incómodo, de espaldas. Pero al pasarse la lengua por los labios resecos y calientes sintió el sabor del caldo, y suspiró de felicidad, abandonándose.

<sup>18</sup>cinturón <sup>19</sup>squat <sup>20</sup>bivouac <sup>21</sup>swamps <sup>22</sup>A... Vacilantemente <sup>23</sup>nightmare <sup>24</sup>cast in plaster  
<sup>25</sup>weights <sup>26</sup>pulleys <sup>27</sup>porción de líquido que cabe en la boca <sup>28</sup>gemelos... opera glasses <sup>29</sup>sizzled  
<sup>30</sup>shooting pain <sup>31</sup>cambiaron

Primero fue una confusión, un atraer hacia sí todas las sensaciones por un instante embotadas o confundidas. Comprendía que estaba corriendo en plena oscuridad, aunque arriba del cielo cruzado de copas de árboles era menos negro que el resto. «La calzada», pensó. «Me salvé de la calzada». Sus pies se hundían en un colchón de hojas y barro, y ya no podía dar un paso sin que las ramas de los arbustos le azotaran el torso y las piernas. Jadeante,<sup>32</sup> sabiéndose acorralado a pesar de la oscuridad y el silencio, se agachó para escuchar. Tal vez la calzada estaba cerca, con la primera luz del día iba a verla otra vez. Nada podía ayudarlo ahora a encontrarla. La mano que sin saberlo él aferraba<sup>33</sup> el mango del puñal, subió como el escorpión de los pantanos hasta su cuello, donde colgaba el amuleto protector. Moviéndolo apenas los labios musitó<sup>34</sup> la plegaria<sup>35</sup> del maíz que trae las lunas felices, y la súplica a la Muy Alta, a la dispensadora de los bienes motecas. Pero sentía al mismo tiempo que los tobillos se le estaban hundiéndose despacio en el barro, y la espera en la oscuridad del chaparral desconocido se le hacía insoportable. La guerra florida había empezado con la luna y llevaba ya tres días y tres noches. Si conseguía refugiarse en el profundo de la selva, abandonando la calzada más allá de la región de las ciénagas, quizá los guerreros no le siguieran el rastro. Pensó en los muchos prisioneros que ya habrían hecho. Pero la cantidad no contaba, sino el tiempo sagrado. La caza continuaría hasta que los sacerdotes dieran la señal del regreso. Todo tenía su número y su fin, y él estaba dentro del tiempo sagrado, del otro lado de los cazadores.

Oyó los gritos y se enderezó de un salto, puñal en mano. Como si el cielo se incendiara en el horizonte, vio antorchas moviéndose entre las ramas, muy cerca. El olor a guerra era insoportable, y cuando el primer enemigo le saltó al cuello casi sintió placer en hundirle la hoja de piedra en pleno pecho. Ya lo rodeaban las luces, los gritos alegres. Alcanzó a cortar el aire una o dos veces, y entonces una soga lo atrapó desde atrás.

—Es la fiebre —dijo el de la cama de al lado—. A mí me pasaba igual cuando me operé del duodeno.<sup>36</sup> Tome agua y va a ver que duerme bien.

Al lado de la noche de donde volvía, la penumbra tibia de la sala le pareció deliciosa. Una lámpara violeta velaba en lo alto de la pared del fondo como un ojo protector. Se oía toser, respirar fuerte, a veces un diálogo en voz baja. Todo era grato y seguro, sin ese acoso, sin... Pero no debía seguir pensando en la pesadilla. Había tantas cosas en qué entretenerse. Se puso a mirar el yeso del brazo, las poleas que tan cómodamente se lo sostenían en el aire. Le habían puesto una botella de agua mineral en la mesa de noche. Bebió del gollete,<sup>37</sup> golosamente. Distinguía ahora las formas de la sala, las treinta camas, los armarios con vitrinas. Ya no debía tener tanta fiebre, sentía fresca la cara. La ceja le dolía apenas, como un recuerdo. Se vio otra vez saliendo del hotel, sacando la moto. ¿Quién hubiera pensado que la cosa iba a acabar así? Trataba de fijar el momento del accidente, y le dio rabia advertir que había ahí como un hueco, un vacío que no alcanzaba a rellenar. Entre el choque y el momento en que lo habían levantado del suelo, un desmayo o lo que fuera no le dejaba ver nada. Y al mismo tiempo tenía la sensación de que ese hueco, esa nada, había durado una eternidad. No, ni siquiera tiempo, más bien como si en ese hueco él hubiera pasado a través de algo o recorrido distancias inmensas. El shock, el golpe brutal contra el pavimento. De todas

<sup>32</sup>Respirando fuertemente <sup>33</sup>agarraba <sup>34</sup>he mumbled <sup>35</sup>oración <sup>36</sup>sección del intestino delgado

<sup>37</sup>cuello de la botella

maneras al salir del pozo negro había sentido casi un alivio mientras los hombres lo alzaban del suelo. Con el dolor del brazo roto, la sangre de la ceja partida, la contusión en la rodilla; con todo eso, un alivio al volver al día y sentirse sostenido y auxiliado. Y era raro. Le preguntaría alguna vez al médico de la oficina. Ahora volvía a ganarlo el sueño, a tirarlo despacio hacia abajo. La almohada era tan blanda, y en su garganta afebrada la frescura del agua mineral. Quizá pudiera descansar de veras, sin las malditas pesadillas. La luz violeta de la lámpara en lo alto se iba apagando poco a poco.

Como dormía de espaldas, no lo sorprendió la posición en que volvía a reconocerse, pero en cambio el olor a humedad, a piedra rezumante de filtraciones, le cerró la garganta y lo obligó a darse cuenta. Inútil abrir los ojos y mirar en todas direcciones; lo envolvía una oscuridad absoluta. Quiso enderezarse y sintió las sogas en las muñecas y los tobillos. Estaba estaqueado<sup>38</sup> en el suelo, en un piso de lajas<sup>39</sup> helado y húmedo. El frío le ganaba la espalda desnuda, las piernas. Con el mentón<sup>40</sup> buscó torpemente el contacto con su amuleto, y supo que se lo habían arrancado. Ahora estaba perdido, ninguna plegaria podía salvarlo del final. Lejanamente, como filtrándose entre las piedras del calabozo, oyó los atabales<sup>41</sup> de la fiesta. Lo habían traído al teocalli,<sup>42</sup> estaba en las mazmorras<sup>43</sup> del templo a la espera de su turno.

Oyó gritar, un grito ronco que rebotaba en las paredes. Otro grito, acabando en un quejido.<sup>44</sup> Era él que gritaba en las tinieblas, gritaba porque estaba vivo, todo su cuerpo se defendía con el grito de lo que iba a venir, del final inevitable. Pensó en sus compañeros que llenarían otras mazmorras, y en los que ascendían ya los pedregales<sup>45</sup> del sacrificio. Gritó de nuevo, sofocadamente, casi no podía abrir la boca, tenía las mandíbulas agarrotadas<sup>46</sup> y a la vez como si fueran de goma y se abrieran lentamente, con un esfuerzo interminable. El chirriar de los cerrojos lo sacudió como un látigo. Convulso, retorciéndose, luchó por zafarse<sup>47</sup> de las cuerdas que se le hundían en la carne. Su brazo derecho, el más fuerte, tiraba hasta que el dolor se hizo intolerable y tuvo que ceder. Vio abrirse la doble puerta, y el olor de las antorchas le llegó antes que la luz. Apenas ceñidos con el taparrabos<sup>48</sup> de la ceremonia, los acólitos de los sacerdotes se le acercaron mirándolo con desprecio. Las luces se reflejaban en los torsos sudados, en el pelo negro lleno de plumas. Cedieron las sogas, y en su lugar lo aferraron manos calientes, duras como bronce; se sintió alzado, siempre boca arriba, tironeado<sup>49</sup> por los cuatro acólitos que lo llevaban por el pasadizo. Los portadores de antorchas iban adelante, alumbrando vagamente el corredor de paredes mojadas y techo tan bajo que los acólitos debían agachar<sup>50</sup> la cabeza. Ahora lo llevaban, lo llevaban, era el final. Boca arriba, a un metro del techo de roca viva que por momentos se iluminaba con un reflejo de antorcha. Cuando en vez del techo nacieran las estrellas, y se alzara frente a él la escalinata<sup>51</sup> incendiada de gritos y danzas, sería el fin. El pasadizo no acababa nunca, pero ya iba a acabar, de repente olería el aire libre lleno de estrellas, pero todavía no, andaban llevándolo sin fin en la penumbra roja, tironeándolo brutalmente; y él no quería, pero cómo impedirlo si le habían arrancado el amuleto que era su verdadero corazón, el centro de la vida.

<sup>38</sup>fastened down with stakes <sup>39</sup>pedras lisas (stone slabs) <sup>40</sup>chin <sup>41</sup>tambores <sup>42</sup>templo de los aztecas

<sup>43</sup>prisiones subterráneas <sup>44</sup>groan <sup>45</sup>steps <sup>46</sup>stiff <sup>47</sup>librarse <sup>48</sup>loincloth <sup>49</sup>dragged <sup>50</sup>bajar

<sup>51</sup>gran escalera

Salió de un brinco a la noche del hospital, al alto cielorrasso dulce, a la sombra blanda que lo rodeaba. Pensó que debía haber gritado, pero sus vecinos dormían callados. En la mesa de noche, la botella de agua tenía algo de burbuja, de imagen traslúcida contra la sombra azulada de los ventanales. Jadeó, buscando el alivio de los pulmones, el olvido de esas imágenes que seguían pegadas a sus párpados. Cada vez que cerraba los ojos las veía formarse instantáneamente, y se enderezaba aterrado<sup>52</sup> pero gozando a la vez de saber que ahora estaba despierto, que la vigilia lo protegía, que pronto iba a amanecer, con el buen sueño profundo que se tiene a esa hora, sin imágenes, sin nada... Le costaba mantener los ojos abiertos, la modorra<sup>53</sup> era más fuerte que él. Hizo un último esfuerzo, con la mano sana esbozó un gesto hacia la botella de agua; no llegó a tomarla, sus dedos se cerraron en un vacío otra vez negro, y el pasadizo seguía inacabable, roca tras roca, con súbitas fulguraciones rojizas, y él boca arriba gimíó apagadamente porque el techo iba a acabarse, subía, abriéndose como una boca de sombra, y los acólitos se enderezaban y de la altura una luna menguante<sup>54</sup> le cayó en la cara donde los ojos no querían verla, desesperadamente se cerraban y abrían buscando pasar al otro lado, descubrir otra vez el cielorrasso protector de la sala. Y cada vez que se abrían era otra vez la noche y la luna mientras lo subían por la escalinata, ahora con la cabeza colgando hacia abajo, y en lo alto estaban las hogueras, las rojas columnas de humo perfumado, y de golpe vio la piedra roja, brillante de sangre que chorreaba, y el vaivén de los pies del sacrificado que arrastraban para tirarlo rodando por las escalinatas del norte. Con una última esperanza apretó los párpados, gimíendo por despertar. Durante un segundo creyó que lo lograría, porque otra vez estaba inmóvil en la cama, a salvo del balanceo cabeza abajo. Pero olía la muerte, y cuando abrió los ojos vio la figura ensangrentada del sacrificador que venía hacia él con el cuchillo de piedra en la mano. Alcanzó a cerrar otra vez los párpados, aunque ahora sabía que no iba a despertarse, que estaba despierto, que el sueño maravilloso había sido el otro, absurdo como todos los sueños; un sueño en el que había andado por extrañas avenidas de una ciudad asombrosa, con luces verdes y rojas que ardían sin llama ni humo, con un enorme insecto de metal que zumbaba bajo sus piernas. En la mentira infinita de ese sueño también lo habían alzado del suelo, también alguien se le había acercado con un cuchillo en la mano, a él tendido boca arriba, a él boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras.

<sup>52</sup>lleno de terror <sup>53</sup>sueño pesado <sup>54</sup>waning

## Cuestionario

1. ¿Qué suceso pone en marcha la acción de «La noche boca arriba»?
2. ¿Adónde es llevado el motociclista?
3. ¿Cuál es el carácter de los sueños del motociclista?
4. ¿Qué le pasa al protagonista de los sueños?
5. ¿Cuál es el elemento paradójico del desenlace de «La noche boca arriba»?

## Identificaciones

1. «un olor a pantano»
2. «la calzada»
3. los motecas
4. «boca arriba»

## Temas

1. La estructura de «La noche boca arriba»
2. La creación del suspenso en este cuento
3. La realidad frente al sueño en «La noche boca arriba»
4. Hacia una interpretación del desenlace de «La noche boca arriba»
5. Las características principales del arte narrativo de Julio Cortázar, según una lectura de este cuento



### JUAN RULFO

#### Vida y obra

El mexicano Juan Rulfo (1917–1986) nació en Sayula, Jalisco, en una familia de hacendados (*ranchers*). Cuando tenía 6 años su padre fue asesinado. Tras la ruina financiera de su familia y la muerte de su madre, Rulfo vivió brevemente con una de sus abuelas, pero luego fue internado en un orfanato (*orphanage*) de Guadalajara. Intentó ingresar en la universidad de aquella ciudad, pero no pudo debido a una prolongada huelga (*strike*) estudiantil. Luego, ya establecido en la Ciudad de México, quiso hacerse abogado, pero tampoco lo logró. Trabajó, en cambio, en oficios diversos: fue vendedor de llantas (*rubber tires*), agente de inmigración, asesor (*advisor*) del Centro Mexicano de Escritores y, asimismo, un celebrado fotógrafo. Se desempeñó como guionista (*script writer*) e hizo adaptaciones de películas para la televisión. A partir de 1962 coordinó y dirigió el Instituto Indigenista, organización encargada de proteger e integrar a las comunidades indígenas del país. Sus escritos incluyen la colección de cuentos *El llano en llamas* (1953) y la novela *Pedro Páramo* (1955). Su exitoso desempeño como guionista lo persuadió finalmente a divulgar *El gallo de oro y otros textos para el cine* (1980), colección que incluye *Pedro Páramo* (1967), «Diles que no rematen» (1973), «Ignacio» (alias «No oyes ladrar los perros»,\* 1975) y «El imperio de la fortuna» (1986). En estos escritos se funden la narrativa vanguardista de los años 50 y las técnicas cinematográficas más recientes. Póstumamente se han estrenado, en una o más versiones mexicanas y extranjeras, películas como *Ecos de una memoria* (1991), *Un pedazo de noche* (1995) y *Paso del norte* (2000), cuya historia versa sobre el destino cruel de un campesino mexicano que intenta entrar clandestinamente en los Estados Unidos, en la época de los años 40.

#### El autor y su contexto

No obstante el hecho de haber producido sólo dos obras fundamentales, Rulfo es uno de los prosistas más geniales —tal vez el más profundo— de los prosistas mexicanos de la generación de los años 40. Si bien (*Even though*) su producción literaria resulta escasa (*sparse*), le ha valido el reconocimiento internacional y

\*Este relato, uno de sus mejores, fue adaptado para el cine por Carlos Fuentes (1928–) en una producción Franco-Mexicana, con el título de *Ignacio* (1967).